

## **La versión de Barney**

# La versión de Barney

MORDECAI RICHLER

EPÍLOGO Y NOTAS DE MICHAEL PANOFSKY

TRADUCCIÓN DE MIGUEL MARTÍNEZ-LAGE



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*Barney's Version. With Footnotes and an Afterword by Michael Panofsky*

Copyright © Mordecai Richler Productions Limited

Primera edición: 2011

Traducción  
MIGUEL MARTÍNEZ-LAGE

Fotografía de portada  
JOSÉ LUIS SANTALLA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2011  
San Miguel # 36  
Colonia Barrio San Lucas  
Coyoacán, 04030  
México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
c/ Monte Esquinza 13, 4.º Dcha.  
28010, Madrid, España.

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación  
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-96867-78-9  
Depósito legal: M-4591-2011

Impreso en España

*Para Florence,  
y en recuerdo de cuatro amigos ausentes:  
Jack Clayton, Ted Allen, Tony Dodwin  
e Ian Mayer*

## ÍNDICE

I. Clara. 1950-1952	11
II. La Segunda Señora Panofsky. 1958-1960	225
III. Miriam. Desde 1960	419
Epílogo, <i>por Michael Panofsky</i>	567

I  
CLARA  
1950-1952

## UNO

Terry es la espoleta. La astilla que se me ha clavado bajo la uña. Las cosas claras: si empiezo este revoltijo que ha de ser la verdadera historia de mi vida echada a perder (y de ese modo violo un solemne juramento, pues me pongo a garabatear mi primer libro a tan avanzada edad), es como réplica a las insidiosas acusaciones que Terry McIver vierte contra mi persona en su autobiografía de próxima publicación: difamaciones sobre mí y sobre mis tres esposas, más conocidas como la «troika» de Barney Panofsky, sobre la naturaleza de mi amistad con Boogie y, por descontado, sobre el escándalo que he de llevarme a la tumba como si fuera mi joroba. Las palmadas de alborozo que da Terry, con un título como *Del tiempo y de las fiebres*, pronto serán publicadas por El Grupo (perdón: el grupo), una pequeña editorial subvencionada por el gobierno, con sede en Toronto, que también pone en la calle una publicación mensual, *La buena tierra*, impresa en papel reciclado, vive Dios.

Terry McIver y yo, oriundos y criados ambos en Montreal, estuvimos juntos en París a comienzos de la década de los cincuenta. El pobre Terry no pasaba de ser más que tolerado a medias entre mi gente, una pandilla que era el orgullo de los jóvenes escritores sin peculio ninguno y con calentura de sobra, invadidos por las cartas de rechazo de las revistas a las que mandábamos nuestros escritos y, sin embargo, ostensiblemente seguros de que todo era posible: la fama, las tías buenas que se arrojarían a nuestros pies en muestra de sincera adoración, y una inmensa fortuna que nos estaba esperando a la vuelta de la esquina, como aquel legendario heraldo de Wrigley que por ahí andaba en los tiempos de mi infancia. El heraldo, según se cuenta, era capaz de abordarte por sorpresa en plena

calle para regalarte un billete de un dólar nuevecito, siempre y cuando llevaras un envoltorio de chicle Wrigley en el bolsillo. A mí, desde luego, nunca me salió al paso el gran hacedor de los regalos del señor Wrigley, pero la fama sí se alió con algunos de mi pandilla: el impulsivo y contumaz Leo Bishinsky, Cedric Richardson (bien que bajo otro nombre) y, por supuesto, Clara. Clara, que hoy en día goza de una gran fama póstuma en calidad de icono del feminismo, machacada en el yunque de la desabrida insensibilidad machista. Mi yunque, vaya, según dicen por ahí.

Yo era una anomalía. Mejor dicho, una anomia. Un emprendedor nato. No había ganado ningún premio en McGill, como Terry, ni había estudiado luego en Harvard o en Columbia, como hicieron algunos de los otros. A duras penas había logrado terminar el bachillerato, pues había dedicado más tiempo a las mesas de la Academia de Billares Mount Royal que a las clases de rigor; jugaba al billar con Duddy Kravitz. Apenas sabía escribir. No tenía pretensiones artísticas de ninguna clase, a menos que uno quiera contar como tal mi fantasía de llegar a ser bailarín y cantante de music hall, encantado de quitarme el canotier para saludar a los espectadores del palco cuando saliera de escena bailando claqué y dejando el escenario entero a la Melocotoncito, a Ann Corio,<sup>1</sup> a Lili St. Cyr o a alguna exótica bailarina capaz de llevar su actuación al clímax con acompañamiento de tambores y el excitante destello de una teta desnuda, en aquellos tiempos muy anteriores a la época en que las bailarinas eróticas llegaron a ser la norma en Montreal.

Era un lector voraz, pero sería un error tomar semejante rasgo como prueba de mi calidad. O de mi sensibilidad. En el fondo, estoy obligado a reconocer, no sin un gesto de complicidad dedicado a Clara, la bajeza de mi alma. O la fealdad de mi naturaleza competitiva. Lo que me puso en funcionamiento no fue, por cierto, *La muerte de Ivan Ilich*, de Tolstoi, ni *El agente secreto*, de Conrad, sino la vieja revista *Liberty*, cuyos artículos

1 El apellido correcto es Coreo.



llevaban por encabezamiento una nota en la que se estipulaba el tiempo necesario para leerlo: por ejemplo, cinco minutos y treinta y siete segundos. Ponía mi reloj de pulsera con una estampa de Mickey Mouse en la esfera sobre el hule a cuadros de la mesa de la cocina, y me pasaba por la piedra el artículo en cuestión en, digamos, cuatro minutos y tres segundos, una hazaña a tenor de la cual ya me consideraba todo un intelectual. De *Liberty* me licencié con una de las novelas de bolsillo de la serie *Mr. Moto*, de John Marquand, que por entonces se vendían a veinticinco centavos el ejemplar en la barbería de Jack y Moe, en la esquina de Park Avenue con Laurier, esto es, en el corazón del viejo barrio obrero de Montreal, el barrio judío en el que me crié. El barrio en el que salió elegido el único comunista que llegó a ser parlamentario (Fred Rose), y del cual salieron dos buenos boxeadores (Louis Alter, Maxie Berger), el número al uso de médicos y dentistas, un célebre propietario de casino y ludópata sin remedio, muchos más abogados capaces de ir a degüello a por cualquier pleito, bastantes maestros y millonarios de pacotilla, unos cuantos rabinos y al menos un sospechoso de asesinato.

Yo.

Recuerdo la nieve amontonada en pilas de metro y medio, las escaleras exteriores que era preciso limpiar a paladas con un frío de muchos grados bajo cero y, en aquellos tiempos muy anteriores a la invención de los neumáticos para la nieve, el traqueteo de los coches y camiones que pasaban con las ruedas encastradas en las cadenas. Las sábanas se quedaban congeladas, más tías que una piedra, en los tendederos de los patios. En mi dormitorio, donde el radiador burbujeaba y eructaba durante toda la noche, di a la sazón con Hemingway, Fitzgerald, Joyce, Gertie y Alice, y con nuestro Morley Callaghan. Alcancé la mayoría de edad muerto de envidia por sus aventuras de expatriados y, a raíz de ello, tomé una seria determinación en 1950.

Ah, 1950. Fue el último año en que Bill Durnan, ganador del trofeo Vezina al mejor portero de la Liga Nacional de Hockey

nada menos que en cinco temporadas, fue el guardameta de mis amados Canadiens de Montreal. En 1950, *nos glorieux* ya habían puesto en pie un formidable cuerpo de defensa, cuyo pilar principal era el joven Doug Harvey. La línea de ataque sólo estaba completa en sus dos terceras partes: en ausencia de Hector «Toe» Blake, que se retiró en 1948, Maurice «el Cohete» Richard y Elmer Lach formaban línea con Floyd «Busher» Curry. Terminaron en el segundo puesto la temporada regular, detrás del maldito equipo de Detroit; para su eterna vergüenza, perdieron por cuatro partidos a uno contra los Rangers de Nueva York en la semifinal de la Copa Stanley. Al menos, el Cohete disfrutó de un año bastante pasable: terminó la temporada regular como segundo máximo anotador, con un total de cuarenta y tres goles y veintidós asistencias.<sup>2</sup>

Fuera como fuese, en 1950, a los veintidós años dejé a la corista con la que vivía en un sótano de Tupper Street. Retiré mis modestos ahorrrillos de la Caja de Ahorros de la Ciudad, un dinero que me había ganado trabajando de camarero en el viejo Normandy Roof (trabajo que me consiguió mi padre, el detective inspector Izzy Panofsky), y reservé un pasaje a Europa en el *Queen Elizabeth*,<sup>3</sup> que zarpaba de Nueva York. Con toda mi inocencia, estaba decidido a buscarme la vida y a enriquecerme gracias a la amistad de los que entonces consideraba puros de corazón, los artistas, «los legisladores no reconocidos de este mundo». Y eso que en aquellos tiempos era posible darse el lote con muchas universitarias con total impunidad. Uno, dos, cha-cha-chá. De fondo, la melodía de aquella canción: «De haber sabido que venías, te habría hecho un pastel». Las noches de luz de luna, en cubierta, las muchachas llevaban

2 En realidad, Richard terminó cuarto en la lista de máximos anotadores. Ted Lindsay, de los Alas Rojas de Detroit, ganó el título con veintitrés goles y cincuenta y cinco asistencias. Sid Abel fue segundo, Gordie Howe tercero, y luego se clasificó Richard.

3 Era el *Queen Mary*, que hizo su última travesía transatlántica en 1967, cruzándose con el *Queen Elizabeth* en alta mar, a las 12:10 de la mañana, el 25 de septiembre de 1967.

miriñaques, cinturones anchos, pulseras en los tobillos y zapatos de dos colores; uno podía contar con que no pleiteasen por acoso sexual cuarenta años más tarde, cuando los reprimidos recuerdos de aquellas citas que culminaban en violación fuesen recuperados gracias a las profesionales del psicoanálisis que además se depilaban con maquinilla de afeitar.

No la fama, pero la fortuna con el tiempo sí me salió al paso. Esa fortuna, tal como es, tuvo unos orígenes humildes. Para empezar, me patrocinó un superviviente de Auschwitz llamado Yossel Pinsky, que nos cambiaba dólares en el mercado negro, en una cabina acortinada de un establecimiento de fotografía sito en la rue des Rosiers. Una noche, Yossel tomó asiento a la mesa en la que yo estaba, en The Old Navy; pidió un *café filtre*, echó siete terrones de azúcar en la taza y me habló así:

—Necesito a alguien que tenga un pasaporte canadiense en vigor.

—¿Para qué?

—Para ganar una buena pasta. ¿Para qué iba a ser? —preguntó. Sacó su navaja del ejército suizo y comenzó a limpiarse las pocas uñas que le quedaban—. Pero antes deberíamos conocernos un poco mejor. ¿Has comido?

—No.

—Pues vamos a cenar. Eh, que no te voy a morder. Vamos, chiquillo.

Y así las cosas, tan sólo un año después, con los servicios de Yossel como guía, me convertí en un profesional de la exportación de quesos franceses a un Canadá de posguerra en el que cada vez abundaba más el dinero. Allá, Yossel me montó una agencia de importación de Vespas, esas *scooters* italianas que en una determinada época llegaron a ser un artículo muy codiciado. A lo largo de los años, también comercié con bastante provecho, teniendo a Yossel por socio, con aceite de oliva, como el joven Meyer Lansky; con rollos de tela tejida en las islas de Lewis y Harris; con chatarra y ferralla que compraba y vendía sin haber visto el género; con antiguos DC-3 que todavía volaban entonces al norte del paralelo 60; después de que

Yossel emigrase a Israel, siempre un paso por delante de los gendarmes, también trafiqué con antigüedades egipcias, robadas de las tumbas de menor importancia del Valle de los Reyes. Pero tengo mis principios. Nunca trafiqué con armas, drogas o alimentos de dieta.

Por fin me convertí en un pecador. A finales de los años sesenta comencé a producir películas financiadas en Canadá que nunca se exhibían durante más de una vergonzante semana en ninguna parte, pero que a la postre me sirvieron para ganar, y para que ganaran mis socios en alguna ocasión, cientos de miles de dólares gracias a un vacío fiscal que con el tiempo terminó por cerrarse. Fue entonces cuando empecé a producir series para la televisión con un acusado contenido canadiense henchido de autosatisfacción, y que en el caso de nuestra cojonuda serie titulada «McIver de la Real Policía Montada del Canadá», que abunda en escenas eróticas desarrolladas en canoas e iglúes, ha llegado a exhibirse en el Reino Unido y otros países.

Cuando no me quedaba más remedio, sabía marcarme una rumbita como todo un patriota, el último refugio de la sabandija y el Gran Cham. Siempre que un ministro del gobierno, partidario del libre mercado y dispuesto a contestar como es debido a las presiones estadounidenses, amenazaba con revocar la ley que insistía (y que la financiaba en grado suculento) en que existiera una determinada cantidad de contaminación manufacturada en Canadá en nuestras ondas hertzianas, me cambiaba de vestimenta con gran rapidez en la cabina telefónica de la hipocresía y me calzaba mi mejor atuendo de Capitán Canadá para presentarme ante el comité de turno. «Tratamos de definir qué es Canadá para los canadienses —les decía henchido de orgullo—. Somos la memoria viva de esta nación, somos su alma, su hipóstasis, la última defensa contra la abrumadora amenaza de que se nos traguen vivos los egregios imperialistas culturales que viven al sur de nosotros.»

Veo que me voy por las ramas.

Allá por nuestros años de expatriados, provincianos de parranda perpetua, encantados de estar en París, embriagados

por la belleza del entorno, nos daba verdadero miedo regresar a nuestras habitaciones de hotel en la Rive Gauche, no fuera que nos despertásemos de vuelta en casa, rescatados por unos padres que no dejarían de recordarnos cuánto habían invertido en nuestra educación, o que ya iba siendo hora de que arrimásemos el hombro. En mi caso particular, no recibía una sola carta por avión de mi padre que no contuviera su elaborado aguijón: «¿Te acuerdas de Yankel Schneider, aquél que era medio tartamudo? Pues ¿sabes qué? Ahora es asesor fiscal y tiene un Buick resplandeciente».

En nuestra pandilla de gamberros y vividores había un par de pintores, por así llamarlos, neoyorquinos los dos. Estaba la rechiflada de Clara y estaba el truhán de Leo Bishinsky, que supo orquestar su ascenso en el mundo artístico mejor incluso que Wellington, no sé si me explico, en aquella batalla que se libró en un pueblucho de Bélgica.<sup>4</sup> Incluso dejó un baile para dedicarse a lo que tenía pendiente. O interrumpió una partida de bolos, no sé. No, ése fue Drake.

Leo tenía su taller en un garaje de Montparnasse, y allí trabajaba en una serie de trípticos descomunales, mezclando la pintura en cubos y aplicándola con una fregona. De vez en cuando barría el aire con la fregona, colocándose a tres metros del lienzo y dejando que volase la pintura. Una vez que estaba allí con él, compartiendo un cigarrillo, me pasó la fregona.

—Ten, prueba.

—¿De veras?

—Claro, ¿por qué no?

Muy pronto, pensé entonces, Leo se afeitaría, se cortaría el pelo y comenzaría a trabajar en una agencia publicitaria de Nueva York.

Me equivocaba de pies a cabeza.

4 Waterloo, en donde el duque de Wellington y el mariscal de campo del ejército prusiano, Gebhard Leberecht von Blücher, derrotaron a Napoleón el 18 de junio de 1815.

¿Cómo iba a saber que cuarenta años después las atrocidades de Leo estarían expuestas en la Tate Gallery, en el Guggenheim, el MoMA y la National Gallery de Washington, y que otras obras suyas se venderían por millones a los buitres de la Bolsa y a los gurús del arbitrio, aunque no pocas veces les ganaran en las subastas los coleccionistas japoneses? ¿Cómo iba a figurarme que el baqueteado Renault dos caballos<sup>5</sup> de Leo dejaría paso con el tiempo, en un garaje de Amagansett con capacidad para diez vehículos, a un Rolls-Royce Silver Cloud, un Morgan de época, una berlineta Ferrari 250 y un Alfa Romeo, entre otros juguetes parecidos? Tampoco podía imaginarme que, por citar su nombre hoy en día en una conversación, cualquiera puede acusarme de tirarme un farol. Leo ha sido portada de *Vanity Fair*, donde salió con un disfraz mefistofélico con cuernos incluidos, capa color magenta y cola, pintando símbolos mágicos en el cuerpo desnudo de la *starlet* que hubiera conseguido la distinción de ser «el sabor del mes».

En los viejos tiempos siempre se sabía a quién se estaba tirando Leo, porque, *tout court*, una jovencita de Nebraska, con un traje de dos piezas de cachemira, en tonos de pan blanco, contratada por alguna oficina del Plan Marshall, aparecía en La Coupole sin que al parecer le importase meterse el dedo en la nariz en público. Hoy en día, las modelos de más renombre acuden en masa a la mansión que tiene Leo en Long Island y rivalizan entre ellas cuando se trata de ofrecerle mechones de vello púbico que pueda emplear en sus cuadros junto con trozos de cristal pulido encontrados en la playa, esqueletos de estrella de mar, rodajas de salchichón o recortes de las uñas de los pies.

Allá por 1951, los artistas neófitos de mi pandilla hacían alarde de estar plenamente liberados de aquello que, *de haut en bas*, tachaban despectivamente de carrera de ratas, aunque la agria verdad es que, con la resplandeciente excepción de

5 En realidad, el 2CV era un Citroën. Se presentó en el Salón del Motor de 1948 y siguió fabricándose hasta 1990.

Bernard «Boogie» Moscovitch, todos participaban en la tienda. Todos eran tan ferozmente competitivos como el personaje de *Organization Man* o *El hombre del traje gris*, en caso de que alguno de los que estén por ahí cerca tenga edad suficiente para recordar esos *best sellers* hace tiempo olvidados, que estuvieron de moda durante una temporada o dos. Como Colin Wilson. O el hula-hop. Y todos estaban motivados por la misma necesidad del éxito que tiene cualquier pilluelo de St. Urbain Street, allá en Montreal, que se lo hubiera jugado todo a una nueva línea otoñal de ropa *après-ski*. La ficción, eso era lo que casi todos trataban de trapichear. Cuestión de hacer las cosas nuevas, como ordenaba Ezra Pound antes de volverse majara con el certificado de un psiquiatra. Ojo, que no tenían que distribuir muestras de su producción a los compradores de los grandes almacenes, flotando con «una sonrisa y unos zapatos relucientes», como dijo Clifford Odets en cierta ocasión.<sup>6</sup> Al contrario: remitían sus mercancías a los editores de revistas y de libros, incluyendo un sobre con el sello correspondiente y su propia dirección, en caso de que les fuera devuelto. Todos salvo Boogie, el ungido por los dioses.

Una vez escribió Alfred Kazin, a propósito de Saul Bellow, que incluso cuando era un joven perfectamente desconocido ya tenía el aura del hombre destinado a la grandeza. Esa misma impresión tenía yo de Boogie, que, por entonces, era de una generosidad poco común con otros jóvenes escritores. Se daba por sobrentendido que era muy superior a cualquiera de ellos.

Cuando estaba de un humor arrebatado, Boogie despedía una abundante humareda y esquivaba cualquier pregunta que se le hiciera sobre su trabajo comportándose como un payaso. «Fíjate, soy un desastre —dijo una vez—. Tengo todos los defectos de Tolstoi, de Dostoievski y de Hemingway en el mismo paquete. Estoy dispuesto a tirarme a cualquier campesina que se lo quiera hacer conmigo. Soy un ludópata obsesivo. Un borracho. Fíjate:

6 No fue Odets, sino Arthur Miller en *Muerte de un viajante*, p. 138 de la edición de Viking Press, Nueva York, 1949.

igual que Freddy D., soy incluso antisemita, aunque puede que eso no cuente en mi caso, teniendo en cuenta que soy judío. Por el momento, lo único que me falta en toda la ecuación es mi propia Yasnaya Polyana, un reconocimiento de mi talento prodigioso, y pasta para cenar algo esta noche, a menos que quieras invitarme. ¿Sí? Que Dios te bendiga, Barney.»

Cinco años mayor que yo, Boogie había desembarcado en la playa de Omaha el Día D, y había sobrevivido a la batalla del Bulge. Estaba en París a cargo de la infantería de marina, lo que le proporcionaba cien dólares al mes, un estipendio que redondeaba con una mensualidad que le remitían desde su casa, y que habitualmente invertía, con esporádicos golpes de suerte, en las mesas de *chemin de fer* del Club de Aviación.

Bueno, ahora lo de menos son las maledicciones que recientemente ha destapado el mentiroso de McIver, que me perseguirán hasta el fin de los tiempos. La verdad es que Boogie era el amigo más querido que he tenido en toda mi vida. Lo adoraba. Y gracias a los muchos cigarros que compartimos, gracias a las muchas botellas de morapio que nos ventilamos a medias, tuve ocasión de hacerme una idea bastante aproximada del medio del que provenía. El abuelo de Boogie, Moishe Lev Moscovitch, nació en Bialystok y viajó a Norteamérica en tercera clase, en la bodega de un barco, desde Hamburgo; allí medró a fuerza de trabajar de firme y a fuerza de frugalidad, pasando de ser un vendedor ambulante de pollos a propietario exclusivo de una tienda de alimentación *kosher* en Rivington Street, en el Lower East Side neoyorquino. Su primogénito, Mendel, hizo de ese modesto negocio nada menos que una empresa llamada Envasadores Para Gourmets Sin Igual, que proporcionaba raciones al ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial. Gourmets Sin Igual fue poco después proveedora exclusiva del jamón envasado de las plantaciones de Virginia, las salchichas de Inglaterra a la antigua usanza, las costillas de cerdo al estilo mandarín y los famosos Bocados de la Abuelita (pavos congelados y listos para meter al horno) para los supermercados del estado de Nueva York y de toda



Nueva Inglaterra. Por el camino, Mendel —que pasó a llamarse Matthew Morrow— adquirió una vivienda de catorce habitaciones en Park Avenue, se procuró el servicio de una doncella, una cocinera, un mayordomo y chófer, y una institutriz inglesa traída de Old Kent Road para educar a su primogénito, Boogie, que después tuvo que tomar lecciones de dicción para despojarse del arrastrado acento cockney que se le había pegado. En vez de tener un profesor de violín y un *malamud* hebreo, Boogie —cuyo cometido iba a ser el de infiltrar a la familia hasta el fondo del avispero blanco, anglosajón y protestante— fue enviado a un campamento militar de verano en el estado de Maine. «Se suponía que iba a aprender a montar a caballo, a disparar, a navegar en barcos de vela, a jugar al tenis y a ofrecer la otra mejilla», dijo. Al inscribirse en el campamento, siguiendo las instrucciones de su madre, Boogie puso «ateo» en la casilla correspondiente a «profesión de fe». El comandante del campamento puso mala cara, lo tachó y anotó «judío». Boogie aguantó en el campamento, y luego en Andover, pero dejó sus estudios en Harvard cuando estaba en segundo curso, en 1941. Y se alistó en el ejército como soldado raso, recuperando el apellido Moscovitch.

En cierta ocasión, para responder a las persistentes preguntas de un pesado Terry McIver, Boogie llegó a reconocer que en el primer capítulo de la desopilante novela que todavía estaba escribiendo, situada en 1912, su protagonista desembarca del *Titanic*, que ha terminado su viaje inaugural y ha atracado sin mayores complicaciones en el puerto de Nueva York, y ve que una periodista le aborda con sus preguntas:

—¿Cómo ha sido el viaje? —dice ella.

—Aburrido —contesta el protagonista.

Improvisando, estoy convencido, Boogie siguió diciendo que dos años después su protagonista viaja en una carroza con el archiduque Francisco Fernando de Austria-Hungría y su señora; en un momento determinado se le caen los anteojos que llevaba a la ópera a causa de un bache en la calzada. El archiduque, holgado de *noblesse oblige*, se agacha a recoger los

anteojos y de ese modo evita el intento de asesinato de un serbio chalado. Dos meses después, a pesar de todo, los alemanes invaden Bélgica. En 1917, el protagonista de Boogie debía de hallarse de charleta con Lenin en un café de Zúrich; le pide que le explique la teoría del valor añadido y Lenin se calienta con el asunto, se alarga más de la cuenta con su *millefeuille* y su *café au lait* y pierde el tren, con lo que el vagón sellado llegará a la estación de Finlandia, solo que sin él.

—¿No os parece típico de ese cabrón de Ilich? —dice el jefe de la delegación que había acudido a recibirlo en el andén—. ¿Qué haremos ahora?

—No sé, a lo mejor Leon quiere ponerse en pie y decir unas palabras.

—¿Unas palabras? ¿Leon? ¡Nos costaría unas cuantas horas aquí de pie!

Boogie dijo a Terry que estaba cumpliendo la función primordial del artista, extraer el orden del caos.

—Debería habérmelo pensado mejor antes de hacerte una pregunta en serio —dijo Terry, y se retiró de nuestra mesa en el café.

En el silencio que se hizo y a modo de disculpa, Boogie se volvió hacia mí y me explicó que había heredado de Heinrich Heine *le droit de moribondage*.

A Boogie se le daba de maravilla sacar de la trastienda de su cerebro ese tipo de impedimentos para toda conversación normal, y con ello me propulsaba a cien por hora a una biblioteca, y me educaba.

Quería a Boogie un montón, y lo echo de menos una barbaridad.

Estaría dispuesto a dar mi fortuna (digamos que la mitad) a cambio de que ese enigma, ese espantapájaros de metro noventa de estatura, entrase de nuevo por la puerta de mi casa, dando hondas caladas a un Romeo y Julieta, con la sonrisa cargada de ambigüedad y preguntándome con su voz tonante: «¿Todavía no has leído a Thomas Bernhard?», o «¿Qué has sacado en claro de Chomsky?».

Pongo a Dios por testigo de que también tenía una faceta oscura; era capaz de desaparecer varias semanas, unos decían que estudiando en una *yeshiva* de Mea Shearim, otros juraban que recluso en un monasterio de la Toscana, pero nadie en realidad tenía ni idea de su paradero. Un buen día aparecía de nuevo —mejor dicho, se materializaba— sin que mediase explicación en alguno de los cafés que frecuentábamos, acompañado por una despampanante duquesa española o una condesa italiana.

Cuando tenía un mal día, Boogie no contestaba a mis llamadas por más que aporrease la puerta de su habitación de hotel; si se dignaba contestar, decía: «Lárgate. Déjame en paz». Con eso me bastaba para saber que estaba tirado en la cama, pasadísimo de caballo, o que estaba sentado ante su mesa, compilando la lista de los nombres de aquellos jóvenes que habían combatido a su lado y que estaban muertos.

Fue Boogie quien me inició en las obras de Goncharov, Huysmans, Céline y Nathaniel West. Aprendía idiomas con un relojero que era ruso blanco, del cual se había hecho muy amigo. «¿Cómo es posible que alguien vaya por la vida —preguntaba— sin ser capaz de leer a Dostoievski, a Tolstoi y a Chéjov en su lengua original?». Con un conocimiento muy fluido del alemán y del hebreo, Boogie estudiaba el Zohar, el libro sagrado de la Cábala, yendo un día por semana a visitar a un rabino de la sinagoga de la rue Notre-Dame-de-Lorette, una dirección que le encantaba.

Hace unos cuantos años, recopilé los ocho relatos breves y crípticos de Boogie que habían aparecido en revistas como *Merlin*, *Zero* y la *Paris Review*, con la intención de publicarlos en una edición limitada, cada volumen numerado e impreso con elegancia, sin reparar en gastos. De los suyos, el relato que he leído y releído una y mil veces por razones obvias es una variante sobre un tema que dista mucho de ser original, pero que está brillantemente tratado, como todo lo que él escribió. «Margolis» trata sobre un hombre que sale a comprar un paquete de tabaco y que nunca más regresa junto a

su esposa y su hijo, pues asume una nueva identidad en otro lugar.

Escribí al hijo de Boogie, que vivía en Santa Fe, y le ofrecí un anticipo de diez mil dólares, así como cien ejemplares gratuitos y todos los beneficios que pudieran obtenerse con la empresa. Su respuesta vino en forma de carta certificada, en la que expresaba su asombro ante el hecho de que precisamente yo, nada menos que yo, osara contemplar tal aventura, y me advertía de que no dudaría en tomar acciones legales si se me ocurría llevarla a cabo. Eso fue todo.

Un momento, un momento. Me acabo de quedar en blanco. Estoy intentando recordar el nombre del autor de *El hombre del traje gris*. ¿O era *El hombre de la camisa de los Hermanos Brook*? No, ése lo escribió la mentirosilla esa, Lillian... ¿Cómo se llama? Venga, hombre. Si lo sabes. Es igual que la mayonesa. ¿Lillian Kraft? No. Hellman, Lillian Hellman. El nombre del autor de *El hombre del traje gris* no viene al caso, no tiene ninguna importancia. Lo peor es que, ahora que ya ha empezado, no creo que pueda pegar ojo esta noche. Estos brotes de pérdida de memoria, cada vez más frecuentes, me están volviendo loco.

Ayer por la noche, cuando por fin conciliaba el sueño, no lograba acordarme del nombre de lo que se usa para colar los espaguetis. Inimaginable. Es algo que he utilizado miles de veces. Lo visualizo con toda claridad, pero no puedo recordar cómo demonios se llama el maldito cacharro. Y no tenía ganas de levantarme de la cama para revisar los libros de cocina que dejó Miriam cuando se fue, ya que eso solamente vendría a recordarme que había sido culpa mía que se marchase, y de todos modos tendría que levantarme a las tres de la madrugada para echar una meadita, y no aquel chorro poderoso y burbujeante de los tiempos de la Rive Gauche, no señor. Ahora no pasaba de ser un mero goteo, y por muy fuerte que me la meneara al dar por acabada la faena siempre quedaban unas gotas rezagadas que terminaban por deslizarse por la pernera del pantalón del pijama.

Tendido en la oscuridad, despotricando, recité en voz alta el número de teléfono al que habría de llamar en caso de sufrir un ataque al corazón.

—Ha llamado usted al Hospital General de Montreal. Si dispone de un teléfono de marcación por frecuencia de tonos y sabe la extensión con la que desea hablar, marque ese número ahora. Si no, marque el uno siete para que le atiendan en el lenguaje de *les maudits anglais*, o el uno dos para que le atiendan en Français, el glorioso lenguaje de nuestra colectividad oprimida.

Y el dos uno para el servicio de ambulancias de urgencia.

—Ha llamado usted al servicio de ambulancias de urgencia. Por favor, permanezca a la espera y la operadora le contestará en unos instantes, tan pronto como terminemos nuestra partida de póquer con prendas y se desnude del todo.

Mientras esperaba, en la cinta magnetofónica comenzó a sonar el *Réquiem* de Mozart.

Alargué la mano para comprobar a tientas que mis pastillas de digitalis, mis gafas de lectura y mi dentadura postiza estaban a mi alcance, sobre la mesilla de noche. Encendí un momento la luz y comprobé el estado de mis calzoncillos en busca de alguna mancha delatora, pues si muriese durante la noche no me haría ninguna gracia que cualquier desconocido me considerase un marrano. Y luego puse en práctica el gambito de costumbre. Piensa en otra cosa, en algo que te apacigüe, y el nombre del chisme de los cojones se te aparecerá de inmediato, sin el menor esfuerzo. Así pues, imaginé a Terry McIver sangrando profusamente en un mar infestado de tiburones, en el momento de sentir otro tirón en lo que le quedase de las piernas, justo cuando el helicóptero de rescate trataba de izarlo del agua. Por fin, lo poco que quedaba del mentiroso y engreído autor de *Del tiempo y de las fiebres*, un torso empapado de sangre y agua salada, se alzaba sobre la superficie del agua como un cebo o una carnaza en medio de las aguas revueltas, al tiempo que los tiburones daban saltos para hacerse con otro buen pedazo.

Acto seguido me convertí de nuevo en un guarrillo de catorce años y desabroché por vez primera, con un ¡yuju! ahogado en la garganta, el sostén de encaje de aquella profesora a la que llamaré señora Ogilvy, justo cuando sonaba en el aparato de radio del cuarto de estar de su casa una de aquellas cantinelas sin pies ni cabeza:

*Mairzy doats,  
and dozy doats,  
and little lambseativy,  
a kid'll eativy too,  
wouldn't you?\**

Con tremendo asombro comprobé que no se me resistía. Al contrario, y eso me aterró, se quitó los zapatos lanzándolos al aire y comenzó a bajarse la falda de cuadros escoceses.

—No sé qué me está pasando —dijo la profesora que me había compensado con un sobresaliente por mi trabajo sobre *Historia de dos ciudades*, que había pergeñado a fuerza de paráfrasis de un libro de Granville Hicks—. Me estoy liando con un menor.

Y de golpe y porrazo lo echó todo a perder, pues añadió con su típica aspereza de profesora dirigiéndose al aula:

—¿No deberíamos colar primero los espaguetis?

—Sí, claro, pero ¿con qué trasto?

—A mí me gustan *al dente* —dijo.

De ese modo, para dar a la señora Ogilvy una segunda oportunidad, con la esperanza de que esta vez todo saliera a pedir de boca, me remonté por los caminos de la memoria y caí con ella en el sofá, esperando a la sazón que al menos me produjese una semi-hernierección en mi decrepito aquí y ahora.

—Ay, qué impaciente eres —dijo—. Espera. Todavía no. *En français, s'il vous plaît*.

\* El arranque de la canción no tiene ningún sentido; es un mero juego de palabras. Los últimos versos se podrían traducir así: «Y los corderillos comen hiedra / y un crío come hiedra también, / ¿tú no?». (N. del T.)

—¿Cómo?

—Muchacho, qué modales... Se trata de decir «le ruego me perdone», ¿no es eso? Muy bien, a ver: todavía no, pero en francés, por favor.

—*Pas encore.*

—Fenomenal —dijo, y abrió el cajón de una mesa auxiliar—. No quiero que vayas a pensar que soy una mandona, pero te ruego que te portes como un muchacho considerado y te encasquetes esto en tu bonita pirula.

—Sí, señora Ogilvy. Claro.

—A ver, enséñame la mano. ¡Ay, ay, ay! ¡Habrased visto uñas más guarras! Eso es, así. Despacito. Oh, sí, por favor. ¡Espera!

—¿Qué es lo que he hecho mal?

—No, nada, pero pensé que te gustaría saber que no fue Lillian Hellman la que escribió *El hombre de la camisa de los Hermanos Brook*. Su autora es Mary McCarthy.

Maldita, maldita, maldita sea. Me levanté de la cama y me puse una bata de andar por casa que está hecha un harapo, de la que no me puedo desprender por ser un regalo de Miriam, y me encaminé a la cocina. Rebuscando por los cajones, fui sacando toda suerte de utensilios y les puse nombre a la de tres: el cucharón de servir la sopa, el cacharro de medir el tiempo de cocción de los huevos, la pala de las tartas, el pelaverduras, la carcelilla del té, los medidores, el abrelatas, la espátula... y allí, colgado de un clavo en la pared, estaba el trasto que se utiliza para colar los espaguetis, aunque ¿cómo demonios se llamaba?

He sobrevivido a la escarlatina y a las paperas, a dos atra-cos en plena calle, a las ladillas, a la extracción de todas las muelas, a una operación de cadera para cambiarme una pieza del fémur, a una acusación de asesinato y a tres esposas. La primera está muerta, y la Segunda Señora Panofsky, nada más oír mi voz, es capaz de ponerse a gritar, a la vuelta de todos estos años, «¡Asesino! ¡Di qué has hecho con su cuerpo!», antes de colgar el teléfono de golpe. Miriam, en cambio, estaría dispuesta a hablar conmigo. Incluso podría reírse de mi dilema. Ay, si en esta vivienda resonaran sus risas... Su perfume. Su

amor. El problema está en que Blair seguramente sería quien contestase a mi llamada, y yo ya había emborronado mi cartilla con ese hijo de puta presuntuoso la última vez que llamé.

—Me gustaría hablar con mi mujer —dije.

—Ya no es tu mujer, Barney, y es evidente que estás embriagado.

Es muy capaz de decir «embriagado».

—Pues claro que estoy borracho. Son las cuatro de la mañana.

—Y Miriam está durmiendo.

—Pues mira qué bien, precisamente quería hablar contigo. Estaba limpiando los cajones del escritorio y me he encontrado unas fotografías increíbles, en las que sale desnuda. Son de cuando ella estaba conmigo, y había pensado que a lo mejor te gustaría quedártelas, aunque sólo sea para que te hagas una idea de cómo era cuando estaba en lo mejor de la vida.

—Eres asqueroso —dijo, y colgó.

Muy cierto. Con todo y con eso, me puse a bailar por el cuarto de estar: reproduje el «Shim Sham Shimmy» del gran Ralph Brown con un chupito de Cardhu en la mano.

Hay por ahí unas cuantas personas que consideran a Blair un tío excelente. Un erudito de auténtica nota. Incluso mis hijos lo defienden.

Nos damos cuenta de cómo te sientes, dicen, pero es un hombre inteligente y atento, que quiere a Miriam con locura. Y una mierda. No pasa de ser un bobalicón de medio pelo con su cátedra y todo. Blair vino de Boston a Canadá en los años sesenta para ahorrarse el reclutamiento y no tener que hacer el servicio militar obligatorio, igual que Dan Quayle y Bill Clinton; por consiguiente, quedó como un héroe ante sus alumnos. En cuanto a mí, la verdad es que me quedo ojoplástico y no consigo entender cómo es posible que alguien prefiera Toronto a Saigón. Sea como sea, tengo el número de fax de su departamento en la facultad, y no sin antes pensar el partido que Boogie habría sacado de semejante dato, de vez en cuando me siento y le mando una nota al tal Blair.



Fax dirigido a Herr Doktor Blair Hopper, antes Hauptman  
De Novedades Sexorama

ACHTUNG  
PRIVADO Y CONFIDENCIAL

Apreciado Herr Doktor Hopper:

A raíz de su propuesta del 26 de enero, acogemos con agrado su idea de introducir en el Victoria College la antigua práctica de la Ivy League, respaldada por las mejores universidades, de solicitar a las alumnas de las clases mixtas que posen desnudas para unas fotografías de frente, de perfil y de espalda. Su idea de redondear la sesión con ligueros y otros accesorios nos parece muy atinada. Tal como usted mismo señala, es un proyecto que tiene un gran potencial comercial. No obstante, tendremos que valorar las fotografías realizadas antes de llevar a cabo su propuesta de fabricar con ellas una baraja nueva.

Atentamente,

*Dwayne Connors*  
Novedades Sexorama

P. S. Hago acuse de recibo de su devolución de nuestro calendario CHICOS DE JUGUETE correspondiente a 1995, pero no podemos devolverle el importe debido a que las páginas de agosto y septiembre se han quedado pegadas.

12:45 de la tarde. Sostengo el chisme de los espaguetis en mi mano cubierta de manchas producidas por la edad, tan arrugada como el lomo de un lagarto, pero sigo sin lograr ponerle un nombre. Lo tiré sobre la encimera, me puse dos dedos de Macallan, cogí el teléfono y marqué el número de mi hijo primogénito, que vive en Londres.

—Hola, Mike. Te llamo para despertarte como de costumbre a las seis en punto. Ya es hora de que salgas a correr unas cuantas millas por el parque.

—De hecho, aquí son las cinco y cuarenta y seis.

Para desayunar, el muy puntilloso de mi hijo se despa-  
charía con unas galletas Granola bien crujientes y un yogur,  
ayudado con un vaso de agua de limón. Hay que ver cómo es la  
gente de hoy en día.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó, y tanta preocupa-  
ción por su parte a punto estuvo de hacer que me aflorasen las  
lágrimas a los ojos.

—Fenomenal, pero tengo un pequeño problema. ¿Cómo  
llamas al trasto ese con el que se pasan los espaguetis?

—¿Estás borracho?

—Ni muchísimo menos.

—¿No te ha advertido con toda claridad el doctor Hersco-  
vitch de que como vuelvas a las andadas te vas a morir en un  
santiamén?

—Te juro por las cabezas de mis nietos que desde hace va-  
rias semanas no he probado una sola gota. Ya ni siquiera pido  
*coq au vin* cuando voy a un restaurante. Si no te importa, ¿quie-  
res contestar a mi pregunta?

—Espera un momento, me voy a llevar el teléfono al cuarto  
de estar y así podremos hablar con más calma.

Claro: es preciso que no despierte tan temprano a la Se-  
ñora Salud Fascista.

—Hola, ya estoy aquí. ¿Te refieres a un colador?

—Pues claro que me refiero a un colador. Lo tenía en la  
punta de la lengua. Estaba a punto de decirlo.

—¿Te estás tomando las pastillas?

—Pues claro que sí. ¿Has tenido noticias de tu madre úl-  
timamente? —barboté presa de mi compulsión, pues había ju-  
rado que jamás volvería a preguntarle por ella.

—Sí, Blair y ella pasaron tres días con nosotros, en torno al  
cuatro de octubre, de viaje a un congreso que tenía en Glasgow.<sup>7</sup>

—Me importa un comino lo que haga o lo que deje de ha-  
cer. No puedes ni imaginarte lo placentero que resulta que no

7 Según mi diario, Blair y mi madre estuvieron con nosotros el 7 de octubre.  
El congreso se celebraba en Edimburgo.

te caiga encima una reprimenda sólo porque una vez más se te ha olvidado levantar la tapadera del váter cuando vas a mear. De todos modos, y te lo digo en calidad de observador desinteresado, se merecía algo mejor.

—¿Te refieres a ti?

—Dile a Caroline —dije, dispuesto a entrar a la carga— que he leído en alguna parte que las lechugas sangran cuando las troceas, y que las zanahorias padecen traumas incurables cuando las arrancan del suelo.

—Papá, no sabes cuánto me fastidia pensar que estás solo en esa casa tan grande.

—A decir verdad, ahora tengo eso que se llama «una persona de recursos», aunque no sé si será más bien «una trabajadora del sexo». Se ha venido a pasar la noche. Un asuntillo de faldas, como decíamos los vejestorios de mis buenos tiempos. Díselo a tu madre. Me da igual.

—¿Por qué no tomas un avión y te vienes una temporada a nuestra casa? Podrías ser el fantasma que tanto necesita.

—Pues verás: porque en el Londres que yo mejor recuerdo, el primer plato obligatorio incluso en los mejores restaurantes del momento era una sopa Windsor de un tono entre pardusco y gris, o un pomelo con una guinda al marrasquino en medio, como si fuera un pezón, y porque la mayor parte de las personas con las que yo andaba por ahí están más muertas que otra cosa, y ya iba siendo hora. Harrods se ha convertido en el templo de la eurobasura. Como te apetezca dar un paseo por Knightsbridge, sólo te encontrarás con ricachones japoneses haciéndose películas los unos de los otros. El White Elephant, *kaput*; lo mismo pasó con Isow's; L'Étoile ya no es lo que era. No tengo el menor interés por saber quién se está tirando a lady Di, ni tampoco que Carlos se haya reencarnado en un tampón. Los pubs son insoportables, puro ruido de las máquinas tragaperras o de la de discos. Y, de los nuestros, son demasiados los que ya son otra cosa. Si estuvieron en Oxford o en Cambridge, o si ganan más de cien mil libras al año, han dejado de ser judíos: ya sólo son «de ascendencia judía», y eso no es lo mismo.

La verdad es que nunca llegué a echar raíces en Londres, pero en los años cincuenta pasé tres meses allí, y luego estuve dos meses en 1961, aunque por eso me perdí los *playoffs* de la Copa Stanley. Cuidado, porque ése fue el año en que los Canadiens, que partían como favoritos sin discusión, fueron eliminados en sólo seis partidos, en las semifinales, por los Cuervos Negros de Chicago. Todavía me duele no haber llegado al segundo partido de la serie, en Chicago, que ganaron los Cuervos por dos a uno al cabo de un total de cincuenta y dos minutos, prórroga incluida. Aquélla fue la noche en que el árbitro, Dalton McArthur, que era un hijo de puta de oficio, castigó a Dickie Moore en la prórroga nada menos que por haber puesto una zancadilla, y de ese modo permitió que Murray Balfour marcara el gol de la victoria. Ultrajado, Toe Blake, que por entonces era nuestro entrenador, saltó a la cancha y cargó contra McArthur, al que derribó sobre el hielo, por lo cual tuvo que pagar una multa de dos mil dólares. Fui a Londres en el 61 para trabajar en una coproducción con Hymie Mintzbaum, que tuvo como resultado una terrible trifulca, a raíz de la cual pasamos años sin dirigirnos la palabra. Hymie, nacido y criado en el Bronx, es un anglófilo, pero ése no es mi caso.

No te puedes fiar de los británicos, es así de simple. Con los norteamericanos (o los canadienses, que viene siendo lo mismo), lo que ves es lo que hay. En cambio, te aposentas en tu butaca del 747 que despega de Heathrow junto a un viejo inglés ostensiblemente aburrido, de papada abundante y tartamudeo inequívoco, que obviamente es alguien en la City y que va enfrascado en el crucigrama del *Times*, y más vale que no se te ocurra tomarle el pelo. El mequetrefe en cuestión es en realidad cinturón negro de yudo y seguramente bajó en paracaídas sobre algún campo de la Dordoña en 1943, despanzurró un par de trenes y sobrevivió en las mazmorras de la Gestapo concentrándose en lo que había de ser la traducción definitiva de la epopeya de Gilgamesh realizada a partir del original Sin-Leqi-Inninni; ahora, con la bolsa llena de unos despampanantes vestidos de cóctel que le ha tomado prestados a su mujer, así

como unas cuantas prendas de ropa interior, va sin duda camino de la convención anual de travestidos, que ha de celebrarse en Saskatoon.

Una vez me dijo Mike que podría quedarme en su piso con jardín. Privado. Con entrada propia. Qué horroroso, pero qué maravilla sería para sus hijos, que adoraban *Viernes 13*, conocer a su abuelo. Yo odio ser abuelo. Es una indecencia. Mentalmente me considero un hombre de veinticinco años. Treinta y tres a lo sumo. Desde luego, no considero que tenga sesenta y siete y que apeste a decadencia y a esperanzas volatilizadas. Me huele el aliento. Tengo las extremidades sumamente necesitadas de un buen lubricante. Y ahora que cuento con la bendición de una cabeza de fémur de plástico, ya ni siquiera soy del todo biodegradable. Los ecologistas harán una sonada protesta en mi entierro.

En una de mis recientes visitas anuales a Mike y a Caroline llegué cargadito de regalos para mis nietos y para su señora (tal como la apoda Saul, mi segundo hijo), aunque reservé mi *pièce de résistance* para Mike: una caja de Cohibas que me habían comprado en Cuba. Me dio dolor de corazón separarme de esos habanos, pero no dejé de confiar en que a Mike le complacería el regalo. Habíamos tenido una difícil relación, y efectivamente le gustó el detalle. Al menos, me lo pareció. Un mes más tarde, uno de los socios de Mike, Tony Haines, que además es primo de Caroline, vino a Montreal de viaje de negocios. Me dijo que me había traído un regalo de parte de Mike, un salmón ahumado de Fortnum's and Mason. Lo invité a tomar una copa conmigo en Dink. Sacó su funda de habanos y me ofreció un Cohiba.

—Oh, qué maravilla —dije—. Gracias.

—No me lo agradezca a mí. Me los regaló Mike por mi cumpleaños.

—Caramba —dije, lastrado por una nueva ofensa familiar que tendría que curar en mi interior. O acariciar, según Miriam. «Hay gente que colecciona sellos o cajas de cerillas —me dijo una vez—. Tú, querido, coleccionas ofensas.»

Durante aquella visita, Mike y Caroline me acomodaron en un dormitorio de la primera planta donde todo era una modernidad, comprado en Conran o en The General Trading Company. En la mesilla, había un ramo de flores y una botella de Perrier, pero ningún cenicero. Abrí el cajón de la mesilla en busca de algo que pudiera servirme y me encontré con unas medias rasgadas. Las olisqueé y reconocí el perfume. Eran de Miriam. Ella y Blair habían compartido esa misma cama y la habían contaminado. Arranqué las sábanas y fisgué por todo el colchón en busca de manchas reveladoras. Ni una. Ja, ja, ja. El profesor Polla Floja no había estado a la altura de las circunstancias. Herr Doktor Hopper, antes Hauptman, probablemente se había limitado a leerle algo en voz alta. Tal vez sus pensamientos deconstructivistas sobre el racismo de Mark Twain, o sobre la homofobia de Hemingway. Con todo y con eso, saqué un ambientador con olor a pino del cuarto de baño y rocié el colchón, y más o menos hice la cama antes de volver a meterme en ella. Las sábanas se me enredaron de forma enloquecedora. La habitación apestaba a pino sintético. Abrí una ventana de par en par. Hacía un frío helador. Como marido abandonado, estaba destinado a perecer de neumonía en una cama que en otro tiempo acogió la calidez de Miriam. Su belleza. *Su traición*. Bien, bien; las mujeres de su edad a veces padecen sofocos y confusiones, e incluso les da por robar en las tiendas de manera inexplicable. No, yo testificaría que siempre fue de gran ligereza en los dedos. Así se pudra en la cárcel. Miriam, Miriam, deseo de mi corazón.

Mike, bendito sea, es asquerosamente rico. Su acto de contrición consiste en llevar el cabello recogido en una cola de caballo y en gastar vaqueros (polo Ralph Lauren, eso sí). Por suerte, no lleva pendiente. Tampoco lleva chaquetas estilo Nehru, ni gorras Mao. Es todo un barón del sector inmobiliario. Posee algunas casas espléndidas en Highgate, Hampstead, Swiss Cottage, Islington y Chelsea, que acumuló antes de que se

disparase la inflación y que reconvirtió en pisos. También se dedica a otros asuntos en el extranjero, sobre los que prefiero no saber nada, y trafica con acciones de Bolsa. Vive con Caroline en un barrio tan de moda como Pulham, que recuerdo muy bien cómo era antes de que lo invadieran los yuppies del «Hágalo usted mismo». También poseen una dacha en el monte, departamento de los Alpes Marítimos nada menos, no muy lejos de Vence. Tiene incluso un viñedo propio. En tan sólo tres generaciones, del *shtetl* a ser el hacedor de un vino de crianza llamado Château Panofsky. ¿Qué puedo decir?

Mike es socio de un restaurante para gente elegante. Está en Pimlico y se llama The Table. El chef tiene talento, pero es un maleducado: como debe ser en estos tiempos que corren. Son demasiado jóvenes para recordar Pearl Harbor o lo que les pasó a los canadienses que cayeron prisioneros en... en... A ver, en ese lugar inexpugnable del Lejano Oriente. No es ese lugar donde llega el alba como un trueno, qué va, sino el sitio donde se enriquecieron los Sassoon. ¿Singapur? No. Se llama como el gorila aquel de la película con Fay Wray. Kong. Hong Kong. Ah, por cierto: sé de sobra que Wellington derrotó a Napoleón en Waterloo, y recuerdo quién es el autor de *El hombre del traje gris*. Ni siquiera he tenido que devanarme los sesos. *El hombre del traje gris* lo escribió Frederic Wakeman. En la película actuaban Clark Gable y Sydney Greenstreet.<sup>8</sup>

En todo caso, siendo demasiado joven para recordar Pearl Harbor, Mike hizo abundantes inversiones en el mercado japonés durante aquellos primeros tiempos de apertura, y lanzó ofertas públicas de adquisición hostiles en el momento propicio. Se hizo de oro durante la crisis de la OPEP y aún ganó más con su acierto al especular sobre la libra esterlina en 1992.

8 *El hombre del traje gris* lo escribió Sloan Wilson (1955); *The Hucksters*, de Frederic Wakeman, fue el libro que se adaptó en una película en la que actuaban Clark Gable, Deborah Kerr y Sydney Greenstreet: MGM, 1947. Hoy también está disponible en una versión coloreada por ordenador.

Apostó por Bill Gates antes de que nadie supiera lo que era el correo electrónico.

Así es: mi hijo primogénito es un multimillonario que, además, tiene conciencia social y cultural. Es miembro del comité de un teatro muy moderno, promotor de montajes descarados, donde las hijas piernilargas de lo mejorcito de la sociedad tienen entera libertad para fingir que cagan en escena, y los chicos de la Real Academia de Arte Dramático simulan darse por el culo con auténtico abandono. *Ars longa, vita brevis*. Es uno de los más de doscientos apoyos financieros que tiene la revista mensual *Red Pepper* («feminista, antirracista, ecologista e internacionalista»); no sin un punto de sorna que en el fondo lo redime, ha incluido mi nombre en la lista de suscriptores. El número más reciente de *Red Pepper* trae un anuncio a toda página, un llamamiento para hacer donativos al Faro de Londres, en donde aparece la fotografía de una mujer joven y enfermiza, con ojeras, que contempla un espejo de mano.

«LE DIJO A SU MARIDO QUE ERA SEROPositiva. ÉL SE LO TOMÓ FATAL.»

¿Y qué otra cosa iba a hacer el pobre hijo de puta? ¿Llevarla a cenar al mejor restaurante de la ciudad para celebrar la noticia?

En cualquier caso, tal como ha señalado el señor Bellow, son más los que mueren con el corazón partido. O con cáncer de pulmón, y lo digo por ser un firme candidato.

Es cierto: Mike compra setas *shiitake*, algas japonesas, arroz Nishiki y sopa *shiromiso* en la sección de alimentación de Harvey Nichols, pero cuando sale a Sloane Street siempre tiene presente comprar un número de *La Farola* al mendigo que está sentado junto a un árbol. Es propietario de una galería de arte en Fulham que tiene a gala, y va en serio, haber sido formalmente acusada en dos ocasiones por obscenidad. Él y Caroline se empeñan en comprar obras de pintores y escultores todavía desconocidos, pero que están, según las palabras de Mike, «en la vanguardia de la modernidad». Mi modernísimo hijo disfruta con el «gangsta rap», las autopistas de la información



(por oposición a las bibliotecas), el tiempo de calidad, Internet, todo lo que esté a la última, y el resto de los modos de habla codificados que son propios de su generación. Nunca ha leído la *Iliada*, ni a Gibbon, ni a Stendhal, Swift, el doctor Johnson, George Eliot o cualquier otro autor hoy desacreditado por ser un eurocéntrico fanático; en cambio, no deja de encargarse en Hatchards la obra de cualquier novelista o poeta de la «minoría visible», pero que haya sido debidamente ensalzada. Me juego cualquier cosa a que nunca estuvo una hora contemplando el retrato de la familia real que pintó Velázquez,<sup>9</sup> no sé si queda claro a cuál me refiero, el que está en El Prado; en cambio, si alguien lo invita a un festejo en donde aparezca un crucifijo flotando en un charco de meadas o un arpón que sobresalga del ano sangrante de una mujer, aparecerá con la chequera preparada sin dudar.

—Ah —dije, decidido a mantener en marcha nuestra conversación transatlántica—, no quisiera meterme donde no me llaman, pero espero que hayas hablado recientemente con tu hermana.

—Cuidado. Empiezas a hablar igualito que mamá.

—Ésa no es respuesta a mi pregunta.

—No tiene ningún sentido llamar a Kate. O tiene prisa por salir de casa o está en medio de una cena y no puede hablar.

—Eso no parece propio de Kate.

—Vamos, papá. En lo que a ti respecta, es imposible que Kate haga algo mal. Siempre ha sido tu preferida.

—Eso no es verdad —mentí.

—En cambio, Saul me llamó ayer para preguntarme qué pensaba de la última diatriba que ha sacado en esa basura de publicación neofascista en la que suele escribir. Demonios, acababa de recibirla por correo. Es increíble, de veras. Le costó un cuarto de hora ponerme al día sobre sus imaginarios problemas de salud y sus dificultades laborales, para denunciarme después por ser un socialista de salón aficionado al champán,

9 *Las meninas*.

y dijo que Caroline es una avara. ¿Con quién vive últimamente, si me permites la pregunta?

—Oye, he visto que los británicos están alarmados porque los terneros que mandan a Francia son confinados en cajas de madera, en vez de reservarles una mesa en el Crillon. ¿Ha participado Caroline en las manifestaciones?

—Papá, sabes hacer las cosas mejor, así que no te rebajes. De todos modos, ven pronto a visitarnos —dijo Mike. Se le había puesto tensa la voz, así que supuse que Caroline acababa de entrar en la sala y que miraba insistentemente su reloj de pulsera, sin saber que la llamada la estaba pagando yo.

—Claro que sí —dije, y colgué asqueado de mí mismo.

¿Por qué no acerté a decirle cuánto lo quiero y el gran placer que me ha dado a lo largo de los años?

¿Y si ésa hubiera sido nuestra última conversación?

«Pero la muerte, y bien lo sabes —escribió Samuel Johnson al reverendo Thomas Wharton—, no atiende a razones ni a súplicas, ni presta el menor respeto por la conveniencia de los mortales.»

¿Y si Miriam y yo jamás nos reconciliásemos?